Alain Finkielkraut

# Pescador de perlas

Traducido del francés por
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Alianza Editorial

Título original: *Pêcheur de perles*

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Éditions Gallimard, Paris, 2024
© de la traducción: Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-936-2
Depósito legal: M. xxxxx-2025
*Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

# *Índice*

Prólogo..... 9

1. «¡El corazón consiste en depender!», Paul Valéry..... 11
2. «La muerte es de Dios y ha devorado a su propio padre», Elias Canetti ..... 23
3. «Antes del *cogito* está el saludo», Emmanuel Levinas ... 39
4. «Europeo: el que tiene nostalgia de Europa», Milan Kundera..... 53
5. «Queremos una enseñanza secundaria muy ampliamente abierta. Su función es formar a las élites, sin consideración de origen o de fortuna», Marc Bloch ..... 65
6. «Admirar el pasado no es, me parece, necesariamente contrario a la vida y es absolutamente preferible a la impertinencia», Thomas Mann..... 77
7. «El origen de Francia se pierde en lo más profundo de la noche de los tiempos», Charles de Gaulle ..... 89
8. «Durante muchos años, consideré que la respuesta a la pregunta "¿Quién es usted?" era: "Una judía"», Hannah Arendt..... 99

9. «En las repúblicas democráticas, la tiranía abandona el cuerpo y va directa al alma», Alexis de Tocqueville. 113

10. «Mujeres... Pero ¿no estáis hartas hasta la náusea de esa palabra? Os aseguro que yo sí», Virginia Woolf..... 123

11. «El humor: el rayo divino que descubre el mundo en su ambigüedad moral y al hombre en su profunda incapacidad para juzgar a los demás», Milan Kundera 137

12. «¡Ah, si las cosas fueran tan sencillas, si en alguna parte hubiera hombres de alma negra que se entregaran pérfidamente a negras acciones, y si solo se tratara de distinguirlos de los demás y de eliminarlos!», Aleksandr Solzhenitsyn ..... 145

13. «El hombre moderno ha terminado por sentirse culpable de todo lo que es dado, incluso de su propia existencia, por sentirse culpable incluso del hecho mismo de no ser su propio creador ni el creador del universo», Hannah Arendt ..... 155

14. «Pues que el hombre sea redimido de la venganza», Friedrich Nietzsche ..... 161

15. «I believe in yesterday», Paul McCartney ..... 167

Agradecimiento ..... 177

Bibliografía consultada ..... 179

# *Prólogo*

Walter Benjamin coleccionaba citas con todo amor. En el magnífico estudio que le consagró, Hannah Arendt, compara a este pensador inclasificable con un pescador de perlas que baja al fondo de los mares «para arrancarle lo rico y lo extraño».

Fascinado por esa imagen, me sumergí en los cuadernos de citas que he ido yo acumulando con devoción durante varios decenios. De ese deambular he entresacado las frases que me interpelan, que me abren el camino, que me *destraban* la inteligencia de la vida y del mundo. Y, en lugar de ponerlas al servicio de una tesis o de una demostración, he dejado que me guiaran, sin ninguna idea preconcebida. Para mí, las frases no eran adornos, sino ofrendas. No decoraban mi pensamiento, lo desencadenaban; no lo ilustraban, lo sacaban de su letargo.

Antes del gran salto a la nada eterna, he elaborado el balance contrastado de mi paso por la Tierra, sin pretender ser exhaustivo ni crear un sistema.

# 1

«¡El corazón consiste en depender!»

Paul Valéry

Un domingo por la mañana, en el desayuno, la que iba a ser mi mujer me anunció que se había acabado, que me dejaba y que su decisión era irrevocable.

El día anterior habíamos tenido una discusión o, más exactamente, una pelea a causa de la película *La decisión de Sophie*. Mi mujer se mostró entusiasmada con la interpretación de Meryl Streep, y yo le contesté que, en efecto, lo hacía muy bien, que su encarnación de la mujer obligada por un oficial de las SS a elegir cuál de sus dos hijos sobreviviría era magnífica, pero que, en lugar de pedirle a una gran actriz de Hollywood que imitara el acento polaco, y lo hace perfectamente, habría sido preferible confiarle el papel a una actriz polaca. No era tan estúpido como para denunciar lo que aún no se llamaba «apropiación cultural». Desde luego, no me escandalizaba que un heterosexual interpretara el papel de un homosexual con sida, pero pensaba que, en una época en que los países de Europa central vivían bajo la bota soviética, la solidaridad significaba que había que poner en primer plano a sus artistas, aunque estos pudieran suponer un inconveniente comercial. El argumento tenía su legitimidad, pero no merecía que me pu-

siera hecho un basilisco y alardeara de mi sensibilidad superior ante las desgracias del mundo.

Ahí lo dejamos, y al día siguiente llegó el veredicto. La escena por sí sola no habría podido provocar la ruptura. Pero era la gota que colmaba el vaso. Hacía ya algún tiempo que nuestro amor había perdido su mágica inocencia. Habíamos dejado de maravillarnos mutuamente. La euforia iba desapareciendo, la ligereza tenía plomo en las alas. La despreocupación de los comienzos cedía el paso a la tensión e incluso a la exasperación. La mujer que yo amaba, celosa de su independencia y acostumbrada a guardar cierta distancia, me encontraba cada vez más invasivo, y tenía razón. Al sentir que ella se volvía esquiva, yo me volvía pesado y molesto. Ella se alejaba de mí y yo me aferraba a ella. Habíamos conservado cada uno nuestro piso y no me hacía muy feliz que ella tuviera la sartén por el mango en nuestras citas. Observaba con envidia que mi mejor amigo salía a correr tranquilamente por los Jardines de Luxemburgo con su compañera, mientras yo tascaba el freno. Por mucho que me repetía aquellos versos magníficos de Auden: «If equal affection cannot be / Let the more loving one be me»[1], no me consolaban, no conseguía encontrarme afortunado ni bien parado. Con su cara de tristeza y sus reproches más o menos silenciosos, el *more loving one* que yo era o que creía ser era cada vez menos *lovable.* Y pasó lo que tenía que pasar.

Intenté durante el desayuno y en las horas siguientes defender mi caso, nuestro caso. Le expliqué que nuestra historia, tan hermosa,

[1] «Si no puede el cariño ser igual / sea yo quien más ame de los dos» (traducción de Ramón Buenaventura).

tan intensa, tan única, no podía acabar en agua de borrajas, que nos merecíamos algo mejor, que estábamos hechos el uno para el otro, que nuestras pequeñas rencillas carecían de importancia. No íbamos a separarnos por nimiedades. El amor no podía morir sin una razón. Y no había ninguna razón para ello, lo único que había eran peripecias. De nada sirvió. Mis argumentos y mis súplicas no surtieron ningún efecto. Por la tarde me llevó a mi casa y me dejó en la puerta. Nada más entrar, volví a salir y me apresuré a ir a la calle Boulard, donde vivía su amigo de toda la vida, para lo bueno y para lo malo. Pensé que allí se había refugiado. No me equivoqué. Pero el amigo tenía instrucciones y no me dejó entrar. «Está durmiendo», me dijo. A pesar de mis protestas, me cerró el paso con el cuerpo. Me marché y deambulé sin rumbo por las calles dominicales. Caminar no me aportaba ningún alivio, de modo que me metí en una cabina telefónica (la escena transcurre en el siglo xx) y marqué el número de un amigo novelista, veinte años mayor que yo, para contarle la situación en que me encontraba y pedirle ayuda. Me invitó a que fuera a verlo. A los pocos minutos llamé a la puerta de su casa: abrió su mujer y se fue discretamente para dejarnos solos. Si mi amigo hubiera sido Proust, me habría recibido diciéndome con una seguridad que no toleraría la menor refutación que la mujer real no ocupa lugar alguno en el afecto que le tenemos, que lo que creemos una relación es, en realidad, una proyección y que «el hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que no conoce a los demás sino en sí mismo y que, cuando dice lo contrario, miente». Habría añadido que debía entender aquella ruptura como una oportunidad. Los primeros meses serían difíciles pero, al no ser mi amor más que fruto de una imaginación enferma, no tardaría en recuperarme. Y que debía rezar para que ella no volviera. Porque, si tal fuera el caso, intentaría

quedarme a su lado, no para vivir felices para siempre, sino para no volver a sufrir.

A diferencia del autor de *En busca del tiempo perdido,* que había escrito: «una obra en la que hay teorías es como un objeto en el que se deja el precio», mi amigo no era dogmático en asuntos de amores, sino pragmático. No quería que me curara, quería ayudarme. Y su consejo fue muy claro: no moverse, hacerse el muerto, abstenerse de cualquier iniciativa, ignorar a la mujer que se había marchado, para darle tiempo a sentir mi ausencia. Llegaría inevitablemente el momento en que me echaría de menos. En el póker mentiroso de la reconquista, el silencio era mi gran baza: de mí dependía no desaprovecharla. Escuchaba ávidamente lo que me decía. Tomaba buena nota. Opinaba con determinación. Pero por mucho que dijera, por mucho que prometiera y me prometiera actuar en la dirección correcta, es decir, en la dirección de la inacción, me sentía hundido y esa estrategia de altura me parecía tan deseable como fuera de mi alcance. Alejado a mi pesar, no me encontré con fuerzas suficientes para pensar en algo mejor y tomar distancia. Agradecí a mi amigo su disponibilidad y su amabilidad y, perplejo, perdido y con el corazón igual de afligido que antes, regresé a mi casa.

En el metro, no dejaba de mordisquear pastillas de Lexomil como un conejo una zanahoria. Al día siguiente, fui a comer a casa de mis padres, cerca del Canal Saint-Martin. Durante la primera parte de la comida, conseguí aguantar el tipo y hablar de cualquier cosa, pero después de los aperitivos estallé en sollozos, lo conté todo. Mi padre, cuya lengua materna no era el francés, me soltó esta fórmula: «Mira a izquierda y derecha». Unos años antes, cuan-

do se publicó *El judío imaginario* y después de haberlo tranquilizado sobre el título diciéndole que no era en absoluto mi intención negar la realidad de mi condición de judío, mi padre había pronosticado que el libro «causaría un gran revuelo en la comunidad judía».

Pero, volviendo a mi desgracia, no me sentía más capaz de mirar a izquierda y derecha para aprovechar las oportunidades de hacerme el muerto y que me quisieran. Al salir de casa de mis padres, me dirigí a una galería en la que se exponían cuadros del pintor Vidalens. Habíamos visto algunos en la Coupole ella y yo y nos habíamos quedado deslumbrados. Nada más llegar, elegí la representación de un violonchelo y rogué al galerista, que estaba a punto de ponerle una pegatina roja, que me permitiera llevarme el cuadro en ese momento. Era demasiado caro para mi bolsillo. Razón de más para comprarlo, llevármelo debajo del brazo y colocarlo delante de la puerta de la mujer que no podía hacerme a la idea de perder. Cuando ella regresó a su casa, me llamó por teléfono y me pidió que tuviera paciencia. Pasaron diez días y, como no había sido el cansancio ni la decepción lo que había provocado la separación, volvimos a juntarnos. En lugar de seguir los consejos que generosamente me habían dado, lo había hecho todo al revés, había puesto las cartas boca arriba. Entre el amor y el amor propio, había elegido el amor y no lo había ocultado. Asumía el riesgo de perder la dignidad, reconocía mi derrota e incluso me gustaba. En contra de las grandes enseñanzas de la Ilustración, el sentimiento que me embargaba era que la autonomía no constituía el bien supremo. Sin amor, habría permanecido encerrado en la prisión del egocentrismo, esa tediosa preferencia del yo por el yo. «Es moral amar —escribe Jankélévitch— sea quien sea el amado y aun-

que el amado no sea querible, es decir, no merezca el afecto que le tenemos: porque el amor, si es sincero y apasionado, tiene un valor categórico y justifica por sí mismo las aberraciones más singulares del amante. Al menos una vez en su mediocre vida, el hombre más arisco habrá conocido, mientras estuvo enamorado, la gracia de vivir para otro».

Jankélévitch tiene razón: el amor es cosa de dominio, y el dominio es una bendición. Amar es ser dependiente, estar dominado, subyugado, sometido. Amar es estar en un segundo plano. Amar es vivir la experiencia inaudita de una alienación que es mejor que la libertad. Cuando nada permitía adivinarlo, el para sí se convierte milagrosamente en para el otro. Salir del dominio para establecer una relación contractual, democrática y rigurosamente igualitaria, como exige la nueva *doxa,* es salir del amor. Y, al mismo tiempo, Jankélévitch se equivoca: los amores no son todos iguales; amar a quien es digno de ser amado es algo que no ocurre todos los días. Hay —¡y cuántos!— amores locos estúpidos. Hay elecciones inspiradas no por su objeto, sino por la vanidad, el deseo de impresionar a quienes nos rodean, el afán de fanfarronear. Hay inclinaciones perezosas, pasiones fantasmáticas, apegos lamentables que el deseo carnal no excusa. «Nadie puede existir sin amar, pero la pregunta es: ¿qué amar?». San Agustín pretendía con esa fórmula subrayar la preeminencia del amor de Dios sobre el amor humano. Sustituyendo *qué* por *quién,* yo la aplico, por mi parte, a la pasión, es decir, a lo que el obispo de Hipona llama desdeñosamente el mal de la concupiscencia carnal. En las diversas fenomenologías de Eros, olvidamos el papel, sin embargo esencial, que desempeña la admiración. En esa mujer cuyo camino tengo la suerte de haber cruzado, no me gusta la figura del Otro que comparte con todos los otros y que es el fundamento del amor al pró-

jimo; admiro en ella muy exactamente, muy objetivamente, la franqueza de la mirada, la expresividad, la audacia, la modestia, la bondad, la elegancia, la seriedad, la futilidad, la seriedad en la futilidad, el arte de contar las cosas, la imposibilidad en que me pone de invadir su terreno e incluso de acercarme, la vivacidad en las salas de audiencias, el fuego interior, el gusto apasionado (y a veces frustrante) por la lectura, la curiosidad inagotable por el mundo...

A diferencia del amor, que ciega, y a pesar de Proust, la admiración tiene los ojos bien abiertos. No sueña, no forja quimeras. No construye castillos en el aire, no inventa las cualidades que le encantan: se inclina ante una superioridad indiscutible e insustituible. No solo el cansancio, mal insidioso y despiadado, no tiene poder alguno sobre ella, sino que la admiración somete a quienes la experimentan a una exigencia saludable: «Hay naturalezas —escribe George Eliot— en las que, si nos aman, encontramos el sentimiento de una especie de bautismo y de consagración. Nos obligan a la rectitud y a la pureza por su fe en nosotros. Nuestros pecados se convierten en la peor especie de sacrilegio». Sucede con la amada lo mismo que con los pocos amigos de verdad, hombres o mujeres: queremos mostrarnos dignos, no defraudarlos, estar a la altura.

Pero no hay amor etéreo. El amor, a diferencia de la amistad, nunca se emancipa totalmente de la materia. Es indisolublemente espiritual y corporal. Amar, incluso cuando el deseo es menos apremiante, es respirar una piel, depositar un beso en unos labios entreabiertos, acariciar unas formas, maravillarse ante la gracia de un hombro. De ahí, a pesar de las promesas, la fragilidad del sentimiento. El alma tiene que ceder: el mandato de la carne hace que la pasión más auténtica sea inevitablemente superficial. La belleza se desvanece, los rostros cambian, las pieles se marchitan y, como mues-

tra Proust con una crueldad genial en su descripción de la mañana en casa de la princesa de Guermantes, frente al Tiempo no hay identidad que resista.

Nuestra época posromántica parece haber integrado y programado esa obsolescencia. Si damos crédito a los sondeos, los informes o las encuestas de los sociólogos de la intimidad, ya no amamos para siempre. Y nos resignamos de entrada. Estamos de vuelta de todo antes de haber ido a ninguna parte. Damos los primeros pasos en la vida con la sonrisa soslayada de alguien a quien no se le toma el pelo. El escepticismo ya no es terminal, sino inaugural: en el principio está el rechazo a dejarse engañar. Como un hijo obediente de su tiempo, el antiguo campeón de tenis y último vencedor francés del torneo Roland Garros, Yannick Noah, acaba de proponer para el amor un contrato a un plazo fijo de dos años: «Después, ya veremos».

Hace ya tiempo que mi amor superó esa fecha de caducidad. No forma parte de los productos desechables. Un encuentro le hurtó milagrosamente lo esencial de mi existencia al consumo, es decir, al imperio de lo efímero. Aclaro que la ley moral nunca ha llenado los vacíos del amor. Nunca he necesitado suplir con la voluntad la ausencia o la inconstancia de los sentimientos. Esa volatilidad que es, según dicen, la ley del corazón, me la he ahorrado gracias al Cielo o más bien gracias a ella. Pero no estoy a salvo de nada. Cuando no acaba de gustarme cómo se ha peinado o la blusa que ha elegido me parece menos atractiva que otras, frunzo el ceño, ella se da cuenta sin dificultad —mi cara es un libro abierto— y, con toda legitimidad, se enfada. ¿Acaso el amor del que alardeo con tanta elocuencia, incluso con tanta complacencia, depende de

detalles tan insignificantes, tan irrisorios, tan minúsculos? No, claro que no. Y mi actitud es inexcusable. Pero, por otra parte, no me resigno a ver que el amor se aplaque en lo que Montaigne llamaba «amistad marital» o se eleve al comercio platónico de las almas.

Y puede que algún día sea yo la víctima de esos detalles. No puedo escapar al destino común. Tengo un cuerpo, *soy* un cuerpo y ese cuerpo no es, cambia. «¿Tú te has visto?» es la respuesta que cabe ante mis inoportunos enfurruñamientos. Y cuando me tropiezo desafortunadamente con fotos antiguas, no me queda más remedio que constatar que ya no aguanto una comparación conmigo mismo. Parece que todavía me queda algo de prórroga, pero ¿no estoy condenado a unirme a los invitados de la mañana con los Guermantes? Las manchas de la edad, los mofletes de un san bernardo y, como consecuencia de una operación en la columna vertebral, la dificultad que tengo para mantenerme erguido, ¿no acabará todo ello haciendo que resulte imposible mirarme?

No puedo descartar ninguna otra eventualidad. El porvenir está abierto. Por una vez, sin embargo, el pesimista que hay en mí no es quien lleva la batuta. Además, por muy desilusionado que me encuentre, por muy proclive que sea a las más oscuras predicciones, la tengo presente, la oigo, mi corazón es inmortal y no puedo creer en el advenimiento de lo peor. Cuando las estadísticas afirman que el tiempo acaba con la continuidad de los seres y disuelve o transforma hasta hacer irreconocible el vínculo que han forjado, yo lo niego tajantemente con mi propia vida.

¿Por qué contar todo esto, aun a riesgo de hacer el ridículo? Porque ninguna novela me ha proporcionado, en esto del amor, los

medios para leer en mí mismo. Y, como estoy seguro de no ser el único, quería llenar el vacío. «¡Qué arrogancia! ¿Quién se cree este que es?», pensarán quizá algunos lectores consternados. Los tranquilizo. No me he vuelto megalómano con la edad. No pretendo ganarles la mano a los genios de la literatura, ni mucho menos ponerme como ejemplo. Sé cuál es mi lugar y, desde ese lugar, quería simplemente recordar que el amor, en su expresión más elevada, es un camino de conocimiento.

# 2

«La muerte es de Dios y ha devorado a su propio padre.»

Elias Canetti

Todo había empezado tan bien.

En el Jardín del Edén, el primer hombre se daba la gran vida. La única condición era no comer del fruto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, él y su compañera tenían incluso prometida la inmortalidad. En las condiciones que sabemos, Adán eligió desobedecer. Inmediatamente cayó la sentencia: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

Pero Dios es bueno. No podía mantenerse por siempre con el veredicto fatal de la caída. De modo que preparó una salida: envió a Cristo a la tierra para morir y matar a la muerte. «Cristo terminó en Él mismo con la muerte a la que temíamos. La cogió, la mató, como el cazador se enfrenta a un león y lo abate. ¿Dónde está la muerte? Búscala en Cristo. Ya no existe. Existió, pero murió en Él. Oh vida, muerte de la muerte», se entusiasma san Agustín.

Mil trescientos años después, Bossuet manifiesta la misma confianza: «¿Qué temes entonces, alma cristiana, ante la proximidad de la muerte? Tal vez cuando veas caer tu casa, temas quedarte sin cobijo. Pero escucha al divino Apóstol: Lo *sabemos,* lo sabemos —dice—, no nos inducen a creerlo conjeturas dudosas, sino que lo sabemos con absoluta seguridad y con toda certeza, que si esta

Alain Finkielkraut

# Pescador de perlas

Traducido del francés por
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Alianza Editorial

Título original: *Pêcheur de perles*

© Imagen de cubierta de Hannah Assouline

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Éditions Gallimard, Paris, 2024
© de la traducción: Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-936-2
Depósito legal: M. 3.407-2025
*Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

# *Índice*


Prólogo..... 9

1. «¡El corazón consiste en depender!», Paul Valéry..... 11
2. «La muerte es de Dios…», Elias Canetti..... 23
3. «Antes del *cogito* está el saludo», Emmanuel Levinas... 39
4. «Europeo: el que tiene…», Milan Kundera..... 53
5. «Queremos una enseñanza…», Marc Bloch..... 65
6. «Admirar el pasado…», Thomas Mann..... 77
7. «El origen de Francia…», Charles de Gaulle ..... 89
8. «Durante muchos años…», Hannah Arendt..... 99
9. «En las repúblicas…», Alexis de Tocqueville ..... 113
10. «Mujeres... Pero ¿no estáis hartas…», Virginia Woolf... 123
11. «El humor: el rayo divino…», Milan Kundera..... 137
12. «¡Ah, si las cosas…», Aleksandr Solzhenitsyn..... 145
13. «El hombre moderno…», Hannah Arendt..... 155
14. «Pues que el hombre…», Friedrich Nietzsche..... 161
15. «I believe in yesterday», Paul McCartney..... 167

Agradecimiento..... 177
Bibliografía consultada..... 179

# *Prólogo*

Walter Benjamin coleccionaba citas con todo amor. En el magnífico estudio que le consagró, Hannah Arendt, compara a este pensador inclasificable con un pescador de perlas que baja al fondo de los mares «para arrancarle lo rico y lo extraño».

Fascinado por esa imagen, me sumergí en los cuadernos de citas que he ido yo acumulando con devoción durante varios decenios. De ese deambular he entresacado las frases que me interpelan, que me abren el camino, que me *destraban* la inteligencia de la vida y del mundo. Y, en lugar de ponerlas al servicio de una tesis o de una demostración, he dejado que me guiaran, sin ninguna idea preconcebida. Para mí, las frases no eran adornos, sino ofrendas. No decoraban mi pensamiento, lo desencadenaban; no lo ilustraban, lo sacaban de su letargo.

Antes del gran salto a la nada eterna, he elaborado el balance contrastado de mi paso por la Tierra, sin pretender ser exhaustivo ni crear un sistema.

# 1

«¡El corazón consiste en depender!»

Paul Valéry

Un domingo por la mañana, en el desayuno, la que iba a ser mi mujer me anunció que se había acabado, que me dejaba y que su decisión era irrevocable.

El día anterior habíamos tenido una discusión o, más exactamente, una pelea a causa de la película *La decisión de Sophie*. Mi mujer se mostró entusiasmada con la interpretación de Meryl Streep, y yo le contesté que, en efecto, lo hacía muy bien, que su encarnación de la mujer obligada por un oficial de las SS a elegir cuál de sus dos hijos sobreviviría era magnífica, pero que, en lugar de pedirle a una gran actriz de Hollywood que imitara el acento polaco, y lo hace perfectamente, habría sido preferible confiarle el papel a una actriz polaca. No era tan estúpido como para denunciar lo que aún no se llamaba «apropiación cultural». Desde luego, no me escandalizaba que un heterosexual interpretara el papel de un homosexual con sida, pero pensaba que, en una época en que los países de Europa central vivían bajo la bota soviética, la solidaridad significaba que había que poner en primer plano a sus artistas, aunque estos pudieran suponer un inconveniente comercial. El argumento tenía su legitimidad, pero no merecía que me pu-

siera hecho un basilisco y alardeara de mi sensibilidad superior ante las desgracias del mundo.

Ahí lo dejamos, y al día siguiente llegó el veredicto. La escena por sí sola no habría podido provocar la ruptura. Pero era la gota que colmaba el vaso. Hacía ya algún tiempo que nuestro amor había perdido su mágica inocencia. Habíamos dejado de maravillarnos mutuamente. La euforia iba desapareciendo, la ligereza tenía plomo en las alas. La despreocupación de los comienzos cedía el paso a la tensión e incluso a la exasperación. La mujer que yo amaba, celosa de su independencia y acostumbrada a guardar cierta distancia, me encontraba cada vez más invasivo, y tenía razón. Al sentir que ella se volvía esquiva, yo me volvía pesado y molesto. Ella se alejaba de mí y yo me aferraba a ella. Habíamos conservado cada uno nuestro piso y no me hacía muy feliz que ella tuviera la sartén por el mango en nuestras citas. Observaba con envidia que mi mejor amigo salía a correr tranquilamente por los Jardines de Luxemburgo con su compañera, mientras yo tascaba el freno. Por mucho que me repetía aquellos versos magníficos de Auden: «If equal affection cannot be / Let the more loving one be me»[1], no me consolaban, no conseguía encontrarme afortunado ni bien parado. Con su cara de tristeza y sus reproches más o menos silenciosos, el *more loving one* que yo era o que creía ser era cada vez menos *lovable.* Y pasó lo que tenía que pasar.

Intenté durante el desayuno y en las horas siguientes defender mi caso, nuestro caso. Le expliqué que nuestra historia, tan hermosa,

[1] «Si no puede el cariño ser igual / sea yo quien más ame de los dos» (traducción de Ramón Buenaventura).

tan intensa, tan única, no podía acabar en agua de borrajas, que nos merecíamos algo mejor, que estábamos hechos el uno para el otro, que nuestras pequeñas rencillas carecían de importancia. No íbamos a separarnos por nimiedades. El amor no podía morir sin una razón. Y no había ninguna razón para ello, lo único que había eran peripecias. De nada sirvió. Mis argumentos y mis súplicas no surtieron ningún efecto. Por la tarde me llevó a mi casa y me dejó en la puerta. Nada más entrar, volví a salir y me apresuré a ir a la calle Boulard, donde vivía su amigo de toda la vida, para lo bueno y para lo malo. Pensé que allí se había refugiado. No me equivoqué. Pero el amigo tenía instrucciones y no me dejó entrar. «Está durmiendo», me dijo. A pesar de mis protestas, me cerró el paso con el cuerpo. Me marché y deambulé sin rumbo por las calles dominicales. Caminar no me aportaba ningún alivio, de modo que me metí en una cabina telefónica (la escena transcurre en el siglo xx) y marqué el número de un amigo novelista, veinte años mayor que yo, para contarle la situación en que me encontraba y pedirle ayuda. Me invitó a que fuera a verlo. A los pocos minutos llamé a la puerta de su casa: abrió su mujer y se fue discretamente para dejarnos solos. Si mi amigo hubiera sido Proust, me habría recibido diciéndome con una seguridad que no toleraría la menor refutación que la mujer real no ocupa lugar alguno en el afecto que le tenemos, que lo que creemos una relación es, en realidad, una proyección y que «el hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que no conoce a los demás sino en sí mismo y que, cuando dice lo contrario, miente». Habría añadido que debía entender aquella ruptura como una oportunidad. Los primeros meses serían difíciles pero, al no ser mi amor más que fruto de una imaginación enferma, no tardaría en recuperarme. Y que debía rezar para que ella no volviera. Porque, si tal fuera el caso, intentaría

quedarme a su lado, no para vivir felices para siempre, sino para no volver a sufrir.

A diferencia del autor de *En busca del tiempo perdido,* que había escrito: «una obra en la que hay teorías es como un objeto en el que se deja el precio», mi amigo no era dogmático en asuntos de amores, sino pragmático. No quería que me curara, quería ayudarme. Y su consejo fue muy claro: no moverse, hacerse el muerto, abstenerse de cualquier iniciativa, ignorar a la mujer que se había marchado, para darle tiempo a sentir mi ausencia. Llegaría inevitablemente el momento en que me echaría de menos. En el póker mentiroso de la reconquista, el silencio era mi gran baza: de mí dependía no desaprovecharla. Escuchaba ávidamente lo que me decía. Tomaba buena nota. Opinaba con determinación. Pero por mucho que dijera, por mucho que prometiera y me prometiera actuar en la dirección correcta, es decir, en la dirección de la inacción, me sentía hundido y esa estrategia de altura me parecía tan deseable como fuera de mi alcance. Alejado a mi pesar, no me encontré con fuerzas suficientes para pensar en algo mejor y tomar distancia. Agradecí a mi amigo su disponibilidad y su amabilidad y, perplejo, perdido y con el corazón igual de afligido que antes, regresé a mi casa.

En el metro, no dejaba de mordisquear pastillas de Lexomil como un conejo una zanahoria. Al día siguiente, fui a comer a casa de mis padres, cerca del Canal Saint-Martin. Durante la primera parte de la comida, conseguí aguantar el tipo y hablar de cualquier cosa, pero después de los aperitivos estallé en sollozos, lo conté todo. Mi padre, cuya lengua materna no era el francés, me soltó esta fórmula: «Mira a izquierda y derecha». Unos años antes, cuan-

do se publicó *El judío imaginario* y después de haberlo tranquilizado sobre el título diciéndole que no era en absoluto mi intención negar la realidad de mi condición de judío, mi padre había pronosticado que el libro «causaría un gran revuelo en la comunidad judía».

Pero, volviendo a mi desgracia, no me sentía más capaz de mirar a izquierda y derecha para aprovechar las oportunidades de hacerme el muerto y que me quisieran. Al salir de casa de mis padres, me dirigí a una galería en la que se exponían cuadros del pintor Vidalens. Habíamos visto algunos en la Coupole ella y yo y nos habíamos quedado deslumbrados. Nada más llegar, elegí la representación de un violonchelo y rogué al galerista, que estaba a punto de ponerle una pegatina roja, que me permitiera llevarme el cuadro en ese momento. Era demasiado caro para mi bolsillo. Razón de más para comprarlo, llevármelo debajo del brazo y colocarlo delante de la puerta de la mujer que no podía hacerme a la idea de perder. Cuando ella regresó a su casa, me llamó por teléfono y me pidió que tuviera paciencia. Pasaron diez días y, como no había sido el cansancio ni la decepción lo que había provocado la separación, volvimos a juntarnos. En lugar de seguir los consejos que generosamente me habían dado, lo había hecho todo al revés, había puesto las cartas boca arriba. Entre el amor y el amor propio, había elegido el amor y no lo había ocultado. Asumía el riesgo de perder la dignidad, reconocía mi derrota e incluso me gustaba. En contra de las grandes enseñanzas de la Ilustración, el sentimiento que me embargaba era que la autonomía no constituía el bien supremo. Sin amor, habría permanecido encerrado en la prisión del egocentrismo, esa tediosa preferencia del yo por el yo. «Es moral amar —escribe Jankélévitch— sea quien sea el amado y aun-

que el amado no sea querible, es decir, no merezca el afecto que le tenemos: porque el amor, si es sincero y apasionado, tiene un valor categórico y justifica por sí mismo las aberraciones más singulares del amante. Al menos una vez en su mediocre vida, el hombre más arisco habrá conocido, mientras estuvo enamorado, la gracia de vivir para otro».

Jankélévitch tiene razón: el amor es cosa de dominio, y el dominio es una bendición. Amar es ser dependiente, estar dominado, subyugado, sometido. Amar es estar en un segundo plano. Amar es vivir la experiencia inaudita de una alienación que es mejor que la libertad. Cuando nada permitía adivinarlo, el para sí se convierte milagrosamente en para el otro. Salir del dominio para establecer una relación contractual, democrática y rigurosamente igualitaria, como exige la nueva *doxa,* es salir del amor. Y, al mismo tiempo, Jankélévitch se equivoca: los amores no son todos iguales; amar a quien es digno de ser amado es algo que no ocurre todos los días. Hay —¡y cuántos!— amores locos estúpidos. Hay elecciones inspiradas no por su objeto, sino por la vanidad, el deseo de impresionar a quienes nos rodean, el afán de fanfarronear. Hay inclinaciones perezosas, pasiones fantasmáticas, apegos lamentables que el deseo carnal no excusa. «Nadie puede existir sin amar, pero la pregunta es: ¿qué amar?». San Agustín pretendía con esa fórmula subrayar la preeminencia del amor de Dios sobre el amor humano. Sustituyendo *qué* por *quién,* yo la aplico, por mi parte, a la pasión, es decir, a lo que el obispo de Hipona llama desdeñosamente el mal de la concupiscencia carnal. En las diversas fenomenologías de Eros, olvidamos el papel, sin embargo esencial, que desempeña la admiración. En esa mujer cuyo camino tengo la suerte de haber cruzado, no me gusta la figura del Otro que comparte con todos los otros y que es el fundamento del amor al pró-

jimo; admiro en ella muy exactamente, muy objetivamente, la franqueza de la mirada, la expresividad, la audacia, la modestia, la bondad, la elegancia, la seriedad, la futilidad, la seriedad en la futilidad, el arte de contar las cosas, la imposibilidad en que me pone de invadir su terreno e incluso de acercarme, la vivacidad en las salas de audiencias, el fuego interior, el gusto apasionado (y a veces frustrante) por la lectura, la curiosidad inagotable por el mundo...

A diferencia del amor, que ciega, y a pesar de Proust, la admiración tiene los ojos bien abiertos. No sueña, no forja quimeras. No construye castillos en el aire, no inventa las cualidades que le encantan: se inclina ante una superioridad indiscutible e insustituible. No solo el cansancio, mal insidioso y despiadado, no tiene poder alguno sobre ella, sino que la admiración somete a quienes la experimentan a una exigencia saludable: «Hay naturalezas —escribe George Eliot— en las que, si nos aman, encontramos el sentimiento de una especie de bautismo y de consagración. Nos obligan a la rectitud y a la pureza por su fe en nosotros. Nuestros pecados se convierten en la peor especie de sacrilegio». Sucede con la amada lo mismo que con los pocos amigos de verdad, hombres o mujeres: queremos mostrarnos dignos, no defraudarlos, estar a la altura.

Pero no hay amor etéreo. El amor, a diferencia de la amistad, nunca se emancipa totalmente de la materia. Es indisolublemente espiritual y corporal. Amar, incluso cuando el deseo es menos apremiante, es respirar una piel, depositar un beso en unos labios entreabiertos, acariciar unas formas, maravillarse ante la gracia de un hombro. De ahí, a pesar de las promesas, la fragilidad del sentimiento. El alma tiene que ceder: el mandato de la carne hace que la pasión más auténtica sea inevitablemente superficial. La belleza se desvanece, los rostros cambian, las pieles se marchitan y, como mues-

tra Proust con una crueldad genial en su descripción de la mañana en casa de la princesa de Guermantes, frente al Tiempo no hay identidad que resista.

Nuestra época posromántica parece haber integrado y programado esa obsolescencia. Si damos crédito a los sondeos, los informes o las encuestas de los sociólogos de la intimidad, ya no amamos para siempre. Y nos resignamos de entrada. Estamos de vuelta de todo antes de haber ido a ninguna parte. Damos los primeros pasos en la vida con la sonrisa soslayada de alguien a quien no se le toma el pelo. El escepticismo ya no es terminal, sino inaugural: en el principio está el rechazo a dejarse engañar. Como un hijo obediente de su tiempo, el antiguo campeón de tenis y último vencedor francés del torneo Roland Garros, Yannick Noah, acaba de proponer para el amor un contrato a un plazo fijo de dos años: «Después, ya veremos».

Hace ya tiempo que mi amor superó esa fecha de caducidad. No forma parte de los productos desechables. Un encuentro le hurtó milagrosamente lo esencial de mi existencia al consumo, es decir, al imperio de lo efímero. Aclaro que la ley moral nunca ha llenado los vacíos del amor. Nunca he necesitado suplir con la voluntad la ausencia o la inconstancia de los sentimientos. Esa volatilidad que es, según dicen, la ley del corazón, me la he ahorrado gracias al Cielo o más bien gracias a ella. Pero no estoy a salvo de nada. Cuando no acaba de gustarme cómo se ha peinado o la blusa que ha elegido me parece menos atractiva que otras, frunzo el ceño, ella se da cuenta sin dificultad —mi cara es un libro abierto— y, con toda legitimidad, se enfada. ¿Acaso el amor del que alardeo con tanta elocuencia, incluso con tanta complacencia, depende de

detalles tan insignificantes, tan irrisorios, tan minúsculos? No, claro que no. Y mi actitud es inexcusable. Pero, por otra parte, no me resigno a ver que el amor se aplaque en lo que Montaigne llamaba «amistad marital» o se eleve al comercio platónico de las almas.

Y puede que algún día sea yo la víctima de esos detalles. No puedo escapar al destino común. Tengo un cuerpo, *soy* un cuerpo y ese cuerpo no es, cambia. «¿Tú te has visto?» es la respuesta que cabe ante mis inoportunos enfurruñamientos. Y cuando me tropiezo desafortunadamente con fotos antiguas, no me queda más remedio que constatar que ya no aguanto una comparación conmigo mismo. Parece que todavía me queda algo de prórroga, pero ¿no estoy condenado a unirme a los invitados de la mañana con los Guermantes? Las manchas de la edad, los mofletes de un san bernardo y, como consecuencia de una operación en la columna vertebral, la dificultad que tengo para mantenerme erguido, ¿no acabará todo ello haciendo que resulte imposible mirarme?

No puedo descartar ninguna otra eventualidad. El porvenir está abierto. Por una vez, sin embargo, el pesimista que hay en mí no es quien lleva la batuta. Además, por muy desilusionado que me encuentre, por muy proclive que sea a las más oscuras predicciones, la tengo presente, la oigo, mi corazón es inmortal y no puedo creer en el advenimiento de lo peor. Cuando las estadísticas afirman que el tiempo acaba con la continuidad de los seres y disuelve o transforma hasta hacer irreconocible el vínculo que han forjado, yo lo niego tajantemente con mi propia vida.

¿Por qué contar todo esto, aun a riesgo de hacer el ridículo? Porque ninguna novela me ha proporcionado, en esto del amor, los

medios para leer en mí mismo. Y, como estoy seguro de no ser el único, quería llenar el vacío. «¡Qué arrogancia! ¿Quién se cree este que es?», pensarán quizá algunos lectores consternados. Los tranquilizo. No me he vuelto megalómano con la edad. No pretendo ganarles la mano a los genios de la literatura, ni mucho menos ponerme como ejemplo. Sé cuál es mi lugar y, desde ese lugar, quería simplemente recordar que el amor, en su expresión más elevada, es un camino de conocimiento.

# 2

«La muerte es de Dios y ha devorado a su propio padre.»

Elias Canetti

Todo había empezado tan bien.

En el Jardín del Edén, el primer hombre se daba la gran vida. La única condición era no comer del fruto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, él y su compañera tenían incluso prometida la inmortalidad. En las condiciones que sabemos, Adán eligió desobedecer. Inmediatamente cayó la sentencia: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

Pero Dios es bueno. No podía mantenerse por siempre con el veredicto fatal de la caída. De modo que preparó una salida: envió a Cristo a la tierra para morir y matar a la muerte. «Cristo terminó en Él mismo con la muerte a la que temíamos. La cogió, la mató, como el cazador se enfrenta a un león y lo abate. ¿Dónde está la muerte? Búscala en Cristo. Ya no existe. Existió, pero murió en Él. Oh vida, muerte de la muerte», se entusiasma san Agustín.

Mil trescientos años después, Bossuet manifiesta la misma confianza: «¿Qué temes entonces, alma cristiana, ante la proximidad de la muerte? Tal vez cuando veas caer tu casa, temas quedarte sin cobijo. Pero escucha al divino Apóstol: Lo *sabemos,* lo sabemos —dice—, no nos inducen a creerlo conjeturas dudosas, sino que lo sabemos con absoluta seguridad y con toda certeza, que si esta